

Retorciendo textos

Algunas notas acerca de la dicotomía uso-interpretación¹

Eduardo Mattio (SeCyT-UNC)

Es posible que uno de los aspectos más controvertidos del pragmatismo rortyano sea el carácter muchas veces simplista o antojadizo de sus interpretaciones, ya de la tradición filosófica occidental, ya de otros artefactos culturales tales como la ciencia, la teoría política o la literatura. En relación a esto, Daniel Dennett, al tiempo que pondera la síntesis que Rorty ofrece de autores arduos de leer como Heidegger o Hegel, nos recomienda —no sin sarcasmo— un “útil principio hermenéutico” que permite conjurar las osadías interpretativas de nuestro pragmatista. Dicho principio, al que denomina “factor Rorty”, establece: «Toma cualquier cosa que Rorty diga acerca de la opinión de cualquiera y multiplícalo por 0,742» (Dennett 1982a: 349).

Acordemos o no con el comentario, es cierto que por lo general las lecturas rortyanas suponen un uso dudoso —e incluso abusivo— de algunas de sus fuentes. No obstante, Rorty no oculta las razones que alientan su lectura interesada de los más diversos objetos culturales². En particular, en “El progreso del pragmatista” —artículo en el que discute los presupuestos hermenéuticos de Umberto Eco—, Rorty aprueba que en una novela como *El péndulo de Foucault* Eco satirice el afán teórico de encontrar “el código de códigos” o “la estructura oculta que yace en el lenguaje”, pero deplora que en su obra semiótica insista en distinguir entre “interpretación” y “uso”. Es decir, en proteger de manera esencialista la “coherencia interna de los textos” de los “incontrolables impulsos del lector” (Rorty 1992b: 103).

Frente a esta distinción, a sus ojos inútil y perimida, Rorty insiste en afirmar la premisa antiesencialista que asegura que las cosas —entre ellas los textos— no tienen propiedades intrínsecas y no relacionales, es decir, que carecen de una naturaleza que habría de inteligirse por medio de una metodología apropiada. En su lugar, prefiere considerar que las cosas están sujetas a los propósitos que

imponen sus usuarios. Más aún, las descripciones que hacemos de ellas no refieren *lo que las cosas son*, no tienen un carácter representacional, sino que son una manera de habérselas con los objetos: «Hay tantas descripciones como usos a los que el pragmatista puede dedicarse, por voluntad propia o ajena. ... todas las descripciones (incluida su autodescripción en tanto pragmatista) se evalúan de acuerdo a su eficacia como instrumentos para propósitos, más que por su fidelidad al objeto descrito» (Rorty 1992b: 100).

Dados estos presupuestos antiesencialistas y antirrepresentacionistas, se hace difícil mantener la distinción entre “usar textos” e “interpretar textos”. Para Rorty, «todo lo que uno hace con cualquier cosa es usarla. Interpretar algo, conocerlo, penetrar en su esencia, etcétera, son sólo diversos modos de describir algún proceso de ponerlo en funcionamiento» (Rorty 1992b: 101). De allí que se vuelva inútil postular cierta *intentio operis* que podría inferirse de la *intentio auctoris* y que se distinguiría de la *intentio lectoris*. Para Rorty, no sólo no hay algo así como la “coherencia textual interna” de una determinada obra, sino que tampoco es posible —ni necesario— inferir las motivaciones inequívocas de su autor. Más aún, no hay modo de corroborar una hipotética *intentio operis* cotejándola con el texto como un todo coherente. Toda lectura que hagamos de una obra no puede menos que referirse a nuestras propias necesidades, por ejemplo, a la imperiosa necesidad de convencer a los demás de que tenemos razón (Rorty 1992b: 103). Por tanto, frente a un “textualismo débil” afanado en desentrañar el código secreto que permitiría la interpretación correcta de un texto³, Rorty reivindica un “textualismo nato”, un “retorcimiento radical” de los textos que vuelve ociosa toda pregunta acerca de las intenciones que animan al texto o al autor. Concebido el texto como una máquina independiente de su diseñador, el crítico se limita a «releer el texto de forma que éste se pliegue a sus propios propósitos, remitiéndolo a lo que puede ayudar a cumplirlos. Y lo hace imponiendo sobre el texto un vocabulario —una “retícula”, en la terminología de Foucault— que puede ser del todo ajeno a cualquier vocabulario perteneciente al texto o a su autor, para observar los resultados» (1982b: 231).

En este sentido, es claro para Rorty que los textos *se hacen* al ser interpretados; por consiguiente, es difícil admitir que tengan cierta estructura intrínseca que el lector podría *descubrir*. La coherencia textual interna no es más que «la coherencia que logra reunir en la última vuelta de la rueda hermenéutica, del mismo modo que un montón de arcilla tiene la coherencia que ha conseguido reunir en la última vuelta del torno del alfarero» (Rorty 1992b: 105). Es decir, se reduce al hecho de que alguien ha encontrado algo interesante que decir sobre un montón de marcas y ruidos, *i.e.*, al hecho de haber hallado una vinculación con otras marcas y ruidos, con otras personas y objetos de los que nos interesa hablar.

Al fin de cuentas, lo que para Rorty resulta problemático son los presupuestos lingüísticos que subyacen a la teoría hermenéutica de Eco. Cuando el semiótico italiano afirma que «debemos pensar la semiótica en términos de relaciones inferenciales laberínticas dentro de una enciclopedia, más que en términos de relaciones de equivalencia, similares a las del diccionario, entre el signo y la cosa significada» (Rorty 1992b: 107) parece acercarse al holismo naturalista defendido por Rorty⁴. Pero traiciona tales expectativas cuando insiste de modo diltheyano en separar “lo semiótico” de “lo científico”, como si los textos fuesen objetos distintos de las rocas, árboles o quarks. En palabras de Rorty, «desde un punto de vista abiertamente pragmático, no hay una diferencia importante entre mesas y textos, protones y poemas. Para un pragmático, *todas* esas cosas son simplemente permanentes posibilidades de uso, y por consiguiente, de redescubrimiento, reinterpretación y manipulación» (1982b: 233)⁵. Por consiguiente, Rorty cree que el “universo de la semiosis” es una muestra del universo a secas, es decir, tratándose de quarks o de textos el proceso hermenéutico siempre supone «hacer objetos hablando de ellos» (Rorty 1992b: 108).

Más estrictamente, *ni hacemos ni encontramos* los objetos de nuestra indagación⁶. Reaccionamos frente a ciertos estímulos emitiendo frases que contienen sonidos y marcas; a continuación, inferimos otras frases a partir de éstas hasta construir una “enciclopedia laberíntica”, potencialmente infinita, susceptible de ser modificada

en virtud de las presiones causales del entorno. Es decir, tal enciclopedia se teje y desteje en función de nuevos estímulos, pero no porque sea *cotejada* con esos estímulos, es decir, porque se evalúe la correspondencia de frases con objetos —recordemos sus presupuestos antirrepresentacionistas—, sino porque se cotejan frases con frases, conectadas mediante una pluralidad heterogénea de relaciones inferenciales.

En cifra, nuestro pragmático se opone tanto al prejuicio esencialista según el cual los textos tratan *realmente* de algo determinado⁷ como a la idea de que una lectura particular podría dar con ese algo (Rorty 1992b: 111-112). El único modo de desarticular esa especie de “ocultismo” que insiste en afirmar que “nuestras lecturas vienen forzadas por los textos mismos” o que “el texto puede decirnos algo acerca de lo que él quiere” consiste en adoptar una concepción instrumental del lenguaje. Si el lenguaje es entendido como una herramienta —por ejemplo, un destornillador— es claro que su uso está supeditado a nuestras necesidades corrientes. Es poco feliz afirmar que el uso de un destornillador para atornillar es “forzado por el propio destornillador”, mientras que si lo uso para rascarme, para abrir un paquete o para herir a alguien supone la “obstinada imposición de mi subjetividad” (Rorty 1992b: 112). Ahora bien, a Rorty no se le escapa que, a fin de ganar en eficacia, conviene usar la herramienta adecuada para el propósito apropiado. Aun así, es obvio que todo uso —adecuado o no al diseño del instrumento— no puede menos que estar “impuesto por nuestra subjetividad”.

Ahora bien, concebido el lenguaje en esos términos, insistamos, ¿en qué consiste una lectura adecuada de los textos? Rorty desconfía de la idea estructuralista según la cual el dominio de determinados “mecanismos textuales” proporciona un acceso privilegiado al *verdadero* sentido del texto, oculto incluso a su autor. Para Rorty, la lectura de Derrida, Barthes o cualquier otro autor sin duda permite decir algo interesante del texto, algo que seguramente no podríamos afirmar sin la ayuda de los mismos. No obstante, tales lecturas no nos ayudan a conocer de qué trata *realmente* el texto; no más, al menos, que la lectura de Marx, Weber, Lacan o Borges: «Ca-

da una de estas lecturas complementarias simplemente nos ofrecen un contexto más en el que situar el texto, una plantilla más que colocar sobre él o un paradigma más al cual yuxtaponerlo. ... Leer textos es una cuestión de leerlos a la luz de otros textos, personas, obsesiones, retazos de información o lo que sea, y luego ver lo que pasa» (Rorty 1992b: 114). ¿Qué es lo que puede pasar? O bien que se obtenga una lectura extraña e idiosincrásica, útil sólo para quien la realiza, o bien una lectura estimulante y convincente, capaz de lograr un consenso mayor. Si esto último ocurre, no significa que se nos revele el sentido *real* del texto. En todo caso, una lectura estimula y convence porque se adapta a las necesidades y fines de sus usuarios. Por consiguiente, en lugar de insistir en la distinción kantiana entre el valor de las cosas que pueden ser tratadas como medios y la dignidad de los textos —émulos de las personas— que deben ser reconocidos como fines en sí mismos, Rorty sugiere distinguir entre «saber de entrada lo que se quiere obtener de una persona, una cosa o un texto y esperar que la persona, la cosa o el texto le ayuden a uno a querer algo diferente» (Rorty 1992b: 115). Tal distinción permite diferenciar entre “lecturas metódicas” y “lecturas inspiradas”. Las primeras, producidas por quienes carecen del “apetito por la poesía”, suponen un acceso metódico a la fuente literaria en el que el lector no es modificado por aquello que lee. Aquí, el crítico se comporta respecto del texto como un histólogo respecto de una muestra bajo el microscopio. Una lectura “inspirada”, en cambio, «es el resultado de un encuentro con un autor, un personaje, una trama, una estrofa, un verso o un torso arcaico que ha tenido importancia para la concepción del crítico sobre quién es, para qué sirve, qué quiere hacer consigo mismo: un encuentro que ha reordenado sus prioridades y propósitos» (Rorty 1992b: 116). Un acceso semejante no pretende colocar al texto bajo una taxonomía previamente establecida, sino más bien narrar en otros términos, con otros fines, una historia ya contada.

* * *

Sin duda, la perspectiva pragmatista acerca de la interpretación que Rorty defiende da lugar a numerosas objeciones. En lo que sigue, pretendemos responder a una de ellas (1), para luego mostrar una de las ventajas que comporta su adopción (2).

(1) A primera vista, puede parecer que Rorty deja librada la lectura de un texto a la arbitrariedad del lector. De hecho, en su réplica a nuestro pragmatista, Umberto Eco niega que una interpretación pueda reducirse *exclusivamente* a los propósitos del que lee. Desde un punto de vista explícitamente peirceano, subraya tres factores ineludibles en toda tarea hermenéutica, a saber, (a) el texto en su manifestación lineal; (b) el lector que lee desde un determinado horizonte de comprensión; y (c) «la enciclopedia cultural que engloba un lenguaje concreto y la serie de interpretaciones previas de ese mismo texto», esto es, el «juicio responsable y consensuado de una comunidad de lectores» (Eco 1992: 156).

Respecto de lo primero, Eco acuerda con el panrelacionismo de Rorty: no hay nada que tenga propiedades no relacionales. Pero cree que cuando interpretamos un texto estamos hablando de *algo*: «Decir que este algo es relacional no significa que no estamos hablando de una relación *determinada*» (Eco 1992: 156). Por consiguiente, aunque un texto pueda tener varios sentidos, no puede tener *todos* los sentidos. Aun cuando sea difícil determinar si una interpretación es buena o no, no toda interpretación es posible. Para Eco, el texto en su manifestación lineal sigue siendo un parámetro necesario de sus interpretaciones aceptables (Eco 1992: 154). El autor italiano no niega que al hacer una interpretación podamos aislar ciertos aspectos del texto que nos resultan relevantes desde el punto de vista de un propósito particular. Empero, es preciso reconocer que *no todo sirve* a la hora de interpretar un texto. No sólo hay “pertinencias imposibles”, sino que hay “pertinencias alocadas”; hay usos posibles y otros totalmente disparatados —un destornillador no puede usarse como cenicero. Una buena interpretación se cifra en la captación de tales pertinencias: «Decidir cómo funciona un texto significa decidir cuál de sus diversos aspectos es o puede ser relevante o pertinente para una interpretación coherente, y cuál re-

sulta marginal e incapaz de soportar una lectura coherente» (Eco 1992: 159).

Creemos que el tenor de esta objeción pone en evidencia el prejuicio representacionista de Eco, compromiso epistémico que Rorty desecha. En la medida que el texto continua siendo un parámetro de aceptabilidad de nuestras interpretaciones, se sigue considerando que nuestras creencias —en este caso las producidas por nuestras lecturas— son medios de representación más o menos fieles del mundo externo y no meros hábitos de acción que nos habilitan para lidiar con el medio circundante. Aunque afirmemos que el mundo no habla, que los objetos —entre ellos, los textos— no son capaces de proponernos *el* juego de lenguaje que debemos jugar para escudriñarlos más adecuadamente, no significa que estemos condenados al más caprichoso relativismo. Que sólo nosotros tengamos la palabra —¿quién más puede tenerla?—, no significa que la elección de una interpretación sea absolutamente arbitraria o meramente subjetiva (Rorty 1989: 26). Que nuestro lenguaje sea una caja de herramientas no nos priva del contacto con la realidad. Por el contrario, trátese de un martillo, de un revólver, de una creencia o de una interpretación, el uso de una herramienta forma parte de la interacción de un organismo con su medio (Rorty 1996c: 57). Por ende, aun cuando el mundo sea totalmente indiferente respecto de nuestros vocabularios, las descripciones o interpretaciones que construimos acerca de él, se ven constreñidas por las presiones causales del entorno. En otras palabras, aunque no mantengamos relaciones representacionales con el entorno, el mundo causa toda una serie de presiones que nos hacen tener las creencias que tenemos.

(2) Por último, creemos que es preciso observar en la posición hermenéutica de Rorty un aspecto que puede pasar desapercibido. En la medida que Rorty minimiza la distinción entre uso e interpretación, pasa a segundo plano nuestra inquietud por *conocer* la verdadera interpretación de un determinado objeto cultural, para privilegiarse la consideración de aquellos de sus usos que mejor favorecen nuestra *esperanza social*. Creemos que Rorty no sólo muestra que toda interpretación supone un uso de acuerdo a determinados

propósitos sociales, sino que en esa redescrición de la tarea hermenéutica hay un interesante componente normativo. Dado que al ofrecer una determinada lectura de un texto lo estamos utilizando, es preciso atender *conscientemente* a los fines sociales que vertebran su empleo. Esto no sólo tiene un efecto crítico y deconstructivo sumamente útil respecto de las interpretaciones propias y ajenas, sino que nos permite también comprender nuestra tarea teórica como un esfuerzo constructivo del que, nos guste o no, somos responsables.

En suma, creemos que la posibilidad de diseñar y controlar los fines sociales a los que subordinamos nuestras intervenciones hermenéuticas, devuelve a los intelectuales una responsabilidad ética ineludible. Evita que nos transformemos en una sociedad de mandarines, ilustre y ociosa, que, observando a distancia las necesidades de la gente, pierda toda influencia sobre la vida política de su país (Rorty 2005: 80).

Referencias bibliográficas:

- Dennett, D. (1982a) “Comments on Rorty” en *Synthese*, 53, No. 2, November 1982.
- Eco, U. (1992) “Réplica” en Eco, U. (1992) *Interpretación y sobreinterpretación* (New York: Cambridge University Press, 1995).
- Rorty, R. (1989) *Contingencia, ironía y solidaridad* (Barcelona: Paidós, 1996).
- Rorty, R. (1991a) *Objetividad, relativismo y verdad. Escritos filosóficos 1* (Barcelona: Paidós, 1996).
- Rorty, R. (1992b) “El progreso del pragmatista” en Eco (1992).
- Rorty, R. (1996a) “La emancipación de nuestra cultura” en Niznik, J. y Sanders, J, (eds.) (1996) *Debate sobre la situación de la filosofía. Habermas, Rorty y Kolakowsky* (Madrid: Cátedra, 2000).
- Rorty, R. (1996c) “Relativismo: descubrir e inventar” en Niznik y Sanders (1996).

Rorty, R. (2005) *Cuidad la libertad. Entrevistas sobre política y filosofía* (Madrid: Trotta).

Notas:

¹ Este trabajo ha sido realizado gracias a una beca de doctorado de la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Córdoba.

² En diálogo con Habermas, Rorty ha destacado la importancia de poder contar en nuestros propios términos la historia de la filosofía: «A mí me parece que no hay que preocuparse por quién redacta los sistemas filosóficos si uno puede escribir la historia de esos sistemas. El relato de la historia de la filosofía es una de las herramientas más poderosas de persuasión con que contamos los filósofos» (Rorty 1996a: 42). Sin lugar a dudas, como veremos, Rorty cree que la tarea filosófica no puede disociarse de la utilidad retórico-política que le concedieron algunos pragmatistas.

³ En “El idealismo del siglo XIX y el textualismo del siglo XX”, Rorty describe dos tipos de textualismo —aquella adaptación del idealismo decimonónico que afirma que no hay otra cosa que textos— que aunque reniegan de la teoría de la verdad como correspondencia adoptan actitudes antitéticas respecto de la hermenéutica textual. El “textualismo débil” intenta ser fiel a la coherencia interna del texto, siendo víctima por otros medios de la “metafísica de la presencia”. Está persuadido de que «si permanece dentro de los límites de un texto, lo glosa y muestra cómo opera, habrá escapado de “la soberanía del significante”, habrá roto con el mito del lenguaje como espejo de la realidad, etc. Pero lo cierto es que está haciendo cuanto puede para imitar la ciencia: aspira a un *método* para la crítica y a que todos vean que ha descifrado el código» (Rorty 1982b: 232). Al margen de toda inquietud metódica, el “textualismo nato” entiende que «la idea de *método* presupone la idea de un *vocabulario privilegiado*, de un vocabulario que capta la esencia del objeto y que expresa sus verdaderas propiedades, y no las que nosotros leemos en él». Para el pragmatista, dicho vocabulario no es más que un mito, puesto que «incluso cuando hacemos ciencia, al igual que cuando hacemos filosofía, nos limitamos a buscar un vocabulario que nos permita lograr nuestros propósitos» (Rorty 1982b: 232).

⁴ Siguiendo a Davidson —o mejor, redescubriéndolo—, Rorty estima que el lenguaje no es un *medio* que permita *representar* los hechos del entorno o *expresar* los significados alojados en la mente del hablante. No es un tercer término entre el yo y el mundo que permita mantener una relación de adecuación entre ellos: «el lenguaje no es un medio de representación sino un intercambio de marcas y de sonidos que se lleva a cabo para alcanzar ciertos propósitos. No puede fallar en la representación correcta, porque no representa» (Rorty 1994: 47). En todo caso, los lenguajes son concebidos como *herramientas*, es decir, son creados para cumplir

determinadas funciones según los propósitos que persigamos. Por consiguiente, ya no es posible preguntarse si tal lenguaje es *adecuado* a la realidad, o si es más apto que otros para *representar* el mundo. El criterio fundamental por el que adoptamos un determinado vocabulario es su utilidad en función de nuestros fines (Rorty 1989: 31). Davidson también rechaza concebir al lenguaje como una *entidad*, es decir, como una estructura sólida, estable y definida que pueda ser dominada por una comunidad de usuarios. En todo caso, el fenómeno de la comunicación lingüística supone la construcción de “teorías momentáneas”. Es decir, si se pretende interpretar la conducta lingüística de otro hablante es preciso emparejar sus sonidos y marcas con los propios de manera tal que pueda predecirse que hará o dirá dicho interlocutor a continuación. Momento a momento el hablante debe ser capaz de conjeturar el uso que su interlocutor da a los sonidos y marcas que emplea, siendo capaz de corregir la propia “teoría” cuando resulte inconsistente para anticipar su conducta. Sólo cuando ambos sujetos consigan “coincidir en teorías momentáneas” habrá una genuina comunicación (Rorty 1989: 34). De esta forma, el lenguaje deja de ser algo sustantivo; después del giro pragmático no es más que un “arte social” que asegura nuestro ajuste respecto del entorno.

⁵ Véase también “Textos y terrones” (Rorty 1991a: 113-130).

⁶ En “Relativismo: descubrir e inventar”, Rorty comenta que se ha llamado “relativistas” a «los filósofos que no aceptan la distinción griega entre lo que las cosas son en sí y las relaciones en que se encuentran con otras cosas y en particular con las necesidades y los intereses humanos» (1996c: 49). Según esto, los pragmatistas deben ser reconocidos como tales. No obstante, Rorty cree que no deben aceptar dicha denominación puesto que no son, en principio, enemigos de la razón, la argumentación o el sentido común. En todo caso, los pragmatistas rechazan las supuestas nociones de sentido común canonizadas por el esencialismo filosófico.

Ahora bien, el problema con esto es que se describe el rechazo pragmatista diciendo que para los relativistas tales nociones no han sido halladas o encontradas sino que han sido inventadas o fabricadas. Según Rorty, dicha cuestión está mal planteada pues obliga a aceptar sin más la dicotomía hacer/encontrar. Aceptada esa distinción, el esencialista puede preguntar: el hecho de que las nociones de sentido común hayan sido inventadas, ¿ha sido descubierta o inventado? En el primer caso, el pragmatista cae en contradicción; en el segundo, aparece como caprichoso. En este último caso, ¿por qué habría que aceptarse dicho invento? Frente a ese falso dilema, Rorty recomienda repudiar el lenguaje que los esencialistas imponen a los pragmatistas. Más aún, entiende que éstos últimos deben auto-describirse como *antidualistas*. No porque desechen todas las “oposiciones binarias” sino más bien porque deploran ese subconjunto constituido por las distinciones específicamente platónicas que útiles en otro contexto, hoy se vuelve perentorio abandonar. En su lugar, Rorty cree que hay que reemplazar las viejas

dicotomías metafísicas por la distinción entre proposiciones útiles e inútiles en relación con nuestros propósitos sociales corrientes.

⁷ Rorty no duda de que para ciertos propósitos —científicos, por ejemplo— pueda ser útil separar el objeto de lo que decimos de él, el significado del signo o el lenguaje del metalenguaje. No obstante, para nuestro pragmatista es claro que tales distinciones son sólo *ad hoc*. Es decir, no tienen fidelidad representacional alguna, no son un mapa de “el-modo-en-que-el-mundo-es”; por consiguiente, sólo serán evaluados por el grado de utilidad que puedan tener a la hora de enfrentar alguna situación en particular (Rorty 1992b: 109).